



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

MARTES 1.º DE OCTUBRE DE 1872.

NÚM. 110.

LA LUZ.

En las aldeas la intolerancia no hay que ocultar que es temible, pero en las grandes ciudades no lo es ménos.

Figurémonos que un desdichado habitante de esta villa y corte de Madrid, por sus asuntos particulares ó por cualquier revés de la fortuna, se vé obligado á ir á vivir á una aldea. Es cristiano y ha tenido el privilegio de escuchar por más ó ménos tiempo la palabra de vida, y su corazón es todo del Señor. Yo quiero suponer en él hasta una debilidad de su fé, poco firme todavía: quiero suponer que él, conociendo á fondo el carácter de los habitantes de nuestras aldeas, quiera ocultar sus ideas religiosas y lo haga. Si aquel hombre verdaderamente ha creído; si ha apartado su alma de la fé católica, en sus conversaciones con sus amigos, con sus vecinos, con todo el mundo, en sus sonrisas y en sus reticencias irá dejando traslucir, aún apesar suyo, que el Papa, y los arzobispos, y los obispos, y los santos y toda la gerarquía celeste y terrestre de la Iglesia romana, son nada para él, porque él no obedece más que á Jesucristo, única cabeza de la Iglesia. Todas las ideas, y las religiosas más aún que ningunas otras, ejercen un imperio irresistible sobre el que las profesa. Así es que este hombre hoy por este pensamiento, mañana por el otro; hoy por una frase suelta que se le escapó, mañana por una exclamación enérgica que no pudo contener, vendrá á declararse sospechoso de enemistad hácia el catolicismo. Lo sabrá el cura, que continúa siendo todavía la primer potencia en la aldea, y arrugará el gesto: lo sabrá el sacristán, que á la vez es maestro de escuela, fiel de fechos y secretario del Ayuntamiento, y



HUGO LATIMER.

empezará á murmurar. Desde aquel fatídico momento nuestro héroe empieza á ser puesto en entredicho, aun sin el saberlo, con todo el pueblo.

¿Y si manifiesta con actos su aversión al catolicismo? Entonces es lo terrible. ¿Y si no frecuenta los *Santos Sacramentos*, si no confiesa y comulga por lo ménos una vez al año, como es de precepto? ¿Y si no vá á misa los domingos y fiestas de guardar? ¿Y si no pertenece á la cofradía de las Animas ó á la del Sagrado Corazón

de Jesús, ó á cualquiera de las fundadas, si á mano viene, por el mismo cura párroco que necesita fomentar la *religiosidad* de sus habitantes para que caigan nuevas misas y nuevos sermones, lo mejor pagados posible? Las hostilidades comienzan. Aquel hombre no puede ser caritativo, ni tener temor de Dios, ni ser amigo de los pobres, porque no vá á la iglesia, porque habla mal de las pobrecitas monjas ó de los pobrecitos frailes que hay todavía en el ruinoso convento del pueblo ó en las inmediaciones de él. El círculo de beatas del cura, que todo mediano cura que se sienta en el confesonario las tiene, y que son las que le proveen de chocolate y otras menudencias, á costa de su casa y de sus pobres hijos tal vez, son las encargadas, y encargadas voluntarias, de esparcir por el pueblo lo que el *señor cura* piensa, cree y dice de tal hombre. Son ocho ó diez trompetas de la fama, dispuestas á hacer estremecerse á la aldea con el relato de las iniquidades del hereje, porque ya empieza á calificársele así. ¡No vá á misa! ¡Y habla mal del rosario! ¡Y el agua bendita le parece enteramente igual al agua del pozo de su casa! ¡Y un día que pasaba el Viático, echó á correr en cuanto se apercibió y se metió por otra calle, sin duda, ¡oh malvado! para no tener que quitarse el sombrero y arrodillarse delante de él! ¿No es esto una iniquidad que conmueve?

Y en tanto sigue subiendo la marea de animadversión que llega á convertirse en odio contra nuestro hombre. El cura echa fuego al incendio, se entiende por pura piedad y amor hácia su iglesia, que á los clérigos es sabido que no les gusta hacer daño á su prójimo aunque este sea un hereje condenado por Dios y por los

hombres, y tienen lugar escenas, ya cómicas, ya dramáticas, que procuraremos reseñar en otro número.

LA TOLERANCIA DEL PROTESTANTISMO Y LA INTOLERANCIA DEL ROMANISMO.

(Conclusion.)

Hemos dicho en un primer artículo, que la intolerancia de Roma es la consecuencia lógica de un principio absurdo, que consiste en afirmar que fuera de ella no se mueve el Espíritu de Dios: error funesto que ha producido consecuencias más funestas todavía.

El protestantismo ha podido triunfar de sus inconsecuencias, gracias á la distinción tan profunda como verdadera que ha establecido entre la Iglesia ideal y la Iglesia visible. Pertenecen á la primera todos los que de corazón creen en el Señor Jesús, y solo confían en Él para la salvación, sean cuales fueren sus opiniones sobre los puntos secundarios. Si una Iglesia visible dá á conocer al único Redentor y Medianero de los hombres, y si estos le reciben, en esa Iglesia se encuentra la salvación. Es decir, que la fórmula protestante no es como la de Roma «fuera de la Iglesia no hay salvación;» sino «fuera de Cristo no hay salvación.» Donde quiera que un alma vive conforme al espíritu de Cristo, encuentra la vida eterna.

No es esto decir que deba usarse de intolerancia con los que no aceptan el Evangelio, como lo ha hecho en todos tiempos la Iglesia de Roma. Invoca esta entre otros textos de las Escrituras, el muy conocido de San Mateo, xviii, 15, 16, 17. Hé aquí el contenido de ese texto. «Por tanto si tu hermano pecare contra ti, vé, y redargúyete entre ti y él solo: si te oyere, has ganado á tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo uno ó dos, para que en boca de dos ó de tres testigos conste toda palabra. Y si no oyere á ellos dilo á la Iglesia: y si no oyere á la Iglesia, tenle por un étnico y un publicano.» Esta es la justificación de mi conducta, exclama Roma. No me oyen cuando hablo, luego el que me desprecia sea tenido por un pagano ó un publicano. No seremos nosotros los que neguemos la verdad de un texto bíblico; sea tenido por un pagano el que no escuchare á la Iglesia; más ¿dónde se ordena en el Evangelio que se entregue al poder civil á quien sea pagano, cuando se sabe que el Estado le condena á muerte? ¿Dónde que deba maldecirse al publicano, porque no obedece á la Iglesia? El pagano puede ser á lo más un enemigo; ¿y no ordena el Evangelio que se ame al enemigo? El amor cristiano es la causa de la verdadera tolerancia, y no la indiferencia religiosa como malévolamente lo escriben los romanistas.

De lo dicho se deduce que el amor que el cristiano debe á toda criatura, y el principio admitido por el protestantismo de que la salvación se obtiene donde quiera que Jesús es recibido por la fé como Salvador, imponen á los protestantes la obligación de no perseguir á los que no aceptan sus creencias.

Pero aún hay más. El cristiano evangélico, lector asiduo de la Divina Palabra, sabe por ella que Dios ha conducido al hombre por la vía de un desenvolvimiento continuo. No existe otro método tratándose de criaturas libres. Ese método Dios lo ha seguido con su pueblo escogido, Dios lo sigue actualmente con todas sus criaturas. De progreso en progreso vá el hombre lle-

gando al conocimiento, á la posesión de la verdad que un día poseerá plenamente cuando Dios sea todo en todos. ¿Quién puede asegurar que tal hombre que emite ideas contrarias al cristianismo no sea con el tiempo un ardiente apóstol de Cristo? Si la Iglesia de Roma hubiese existido cuando Saulo respiraba odio y venganza contra los cristianos, bien seguro es que el mundo no hubiera admirado al gran apóstol Pablo, porque es dudoso que los tormentos hubiesen hecho retroceder en su camino á aquella voluntad inflexible, á aquel carácter de hierro. ¡Y cuántos Pablos habrá enviado á la tumba la cruel y sanguinaria Roma! ¡Cuántos Pablos que con un poco de dulzura, con un solo destello de amor hubieran sido de Cristo, y dado días de gloria verdadera á este pobre mundo corrompido!

Y luego, tolerar á un hombre que dice lo que siente, es imitar á Dios que nos tolera á pesar de nuestros pecados. Todas estas consideraciones han hecho tolerante al protestantismo. El ha comprendido que la intolerancia es una profanación que desprecia á Dios y al hombre, y se ha apresurado á arrancarla de su seno.

No siempre ha sido tolerante el protestantismo. Un tiempo fué en que aún no había deducido las consecuencias de los principios que proclamaba á la faz del mundo, y fué persecutor, no tanto como la Iglesia de Roma, pero lo bastante para no poder lavar este negro borron. Los campeones de la Reforma, imbuidos de muchas doctrinas romanas, apegados aún á ciertas tradiciones de la peor especie, se mostraron duros para con los que no creían como ellos; pero cuando Voltaire, Diderot y otros filósofos del siglo XVIII, proclamaron la tolerancia en nombre del desprecio que profesaban á toda verdad revelada, los protestantes estudiaron mejor los Evangelios, su código inmortal, y se convencieron de que la tolerancia cristiana, emanación del amor verdadero, estaba contenida en ellos, y que cuanto más ama el hombre á Dios, de más indulgencia debe usar con el pobre pecador que se estravía.

Para estar en la verdad, el protestantismo no ha tenido que hacer mas que ser lógico; para que Roma hiciera otro tanto tendría que arruinar por la base todo su sistema. El protestantismo es infiel á sus principios cuando persigue; Roma lo es cuando deja de perseguir. Delante del protestantismo se estienden horizontes infinitos; Roma está encerrada en un estrecho círculo de hierro. El protestantismo, que está en armonía con las tendencias más generosas de la humanidad, es la religión del porvenir; Roma, que está siempre en abierta oposición con todos los progresos, es la religión del pasado y caerá agobiada bajo el peso de la conciencia universal que la execrará á causa de su feroz intolerancia.

ROMA Y LAS ASPIRACIONES DEL CORAZON.

La religión católica romana, dicen sus adeptos y muchos otros que no lo son, es una religión llena de sentimiento que habla al corazón del hombre, mientras que el protestantismo deja el alma sumida en la más glacial indiferencia. Hé ahí la causa por qué la religión evangélica no hará nunca progresos en España.

¿La religión romana responde á las aspiraciones del corazón? ¿A cuáles, preguntamos nosotros? ¿A las que el Evangelio ha venido á satisfacer, ó á las que el Evangelio condena? Porque si es cierto que «los grandes pensamientos vienen del corazón» como ha escrito un pensador ilustre, también lo es que «del corazón salen los malos pensamientos» como lo ha afirmado Jesucristo.

¿A qué aspiraciones ha respondido Roma? ¿A las buenas ó á las malas?

Roma ha procurado dar satisfacción cumplida á todo aquello que Jesús ha querido destruir en el hombre. De los instintos naturales del corazón, de sus más rastreras tendencias proceden los dogmas, las ceremonias y las costumbres que constituyen esa inmensa apostasía que se llama Iglesia de Roma, tan distinta de la Iglesia fundada por Jesús y los apóstoles, como lo blanco es distinto de lo negro.

Para los apóstoles la Iglesia era «el cuerpo de Cristo» y formaban parte de ella los que unidos con Él por medio de la fé, le aclamaban con sus hechos y sus palabras por Redentor perfecto y gran Pontífice de la Nueva Alianza. Se necesitaba para ser ciudadano del gran reino cristiano, creer en Jesús con una fé personal y viva, someter la voluntad á su voluntad soberana, desprenderse, en una palabra, de sí mismo en honor de Aquel que se desprendió de su gloria para redimirnos.

¿Responden esas condiciones á la naturaleza humana tal y como la ha hecho el pecado? De ninguna manera. Atacado de una terrible pereza moral, nada desea tanto el hombre como que se le descargue de una responsabilidad que le fastidia. Hará lo increíble, menos volver en sí y examinarse. Todo esfuerzo de la conciencia le cansa. Su ideal es encontrar un director espiritual que se encargue de su salvación. Roma ha conocido esta tendencia del corazón humano y la ha favorecido con todas sus fuerzas, permitiendo que los hombres entren en su seno por medio de ceremonias en las que ninguna parte toma la voluntad, y exigiendo una obediencia pasiva, una obediencia de esclavo si quieren participar de los bienes que ella confiere.

Íntil sería alegar en defensa de Roma, que ha tenido que ceder bajo una presión universal é irresistible, y fundar una religión en armonía con las aspiraciones del hombre. Esa excusa es sin valor desde el momento en que se trata de una religión divina. Pues qué, ¿toca al Evangelio bajarse hasta el nivel del hombre, ó es este el que debe alcanzar la perfecta estatura de Cristo? El deber de la Iglesia era combatir sin tregua ni descanso todo lo que tendiera á degradar el Evangelio. Desgraciadamente Roma ha seguido una senda opuesta. Al encontrarse frente á frente de hombres que suspiraban por abdicar el poder y los privilegios que Cristo les concediera, vió aparecer en el horizonte las primeras alboradas del día de su absoluta dominación, y todo su conato fué desde ese instante hacer creer al hombre que esas disposiciones de su corazón merecían la aprobación de Dios. La inercia del hombre creó la ambición del clero. Bien caro ha pagado aquel el crimen de su abdicación moral.

Cristo exigía de los suyos una fé libre como el amor que la inspiraba, y una obediencia fruto de un maduro examen. Roma concede á sus adeptos la libertad de una sumisión completa, y el libre examen, siempre que sus resultados sean favorables á su omnimoda omnipotencia.

El deseo del hombre pecador de no tener que ocuparse de las cosas eternas, ha concedido al clero una autoridad sin límites. ¿No hubiera sido más noble, más conforme al espíritu del Evangelio sacar al hombre de su letargo y hacerle comprender que la salvación de su alma era asunto puramente personal que debía ventilarse entre Dios y él? Eso hubiera sido lo más noble; pero Roma no sería lo que es si así hubiera procedido. Lejos de combatir la apatía del hombre ha procurado hundirle más en ella, y para conseguirlo más fácilmente ha quitado de sus manos la santa Biblia cuya lectura hubiera sido un continuo llamamiento á la libertad espiritual.

Día triste, día de oprobio y maldición fué aquel en que el pueblo dejó de leer la Santa Palabra de Dios. Por librarse de una responsabilidad grande, pero gloriosa. El laico se degradó. El sacerdocio creció tanto cuanto el pueblo fiel había voluntariamente disminuido, y de este crimen tanto debe culparse al primero como al segundo. Los esclavos forman á los tiranos; el servilismo es el resultado y la causa del absolutismo.

Lejos de anonadarse delante del Maestro dulce y humilde de corazón y de dejar al pecador solo en presencia de la cruz de Cristo para que con toda libertad pueda contemplar el gran misterio de amor é inspirarse en

la sublime doctrina que la cruz proclama, el sacerdote romano se interpone entre Cristo y el pecador para que solo al través de su persona, como al través de un prisma, pueda el hombre contemplar al Verbo eterno de Dios que se humanó para purificarle de sus pecados. ¡Triste medianero que detiene, rompe y descompone los rayos que despide el Cristo!

¿No ha sido también para agradar al hombre que ama naturalmente los espectáculos y en general todo aquello que por un tiempo le sustrae á la acción de su conciencia por lo que Roma ha sobrecargado su culto de brillantes ceremonias, las más de ellas importadas del paganismo? (1) El cristianismo primitivo no conocía esas ceremonias: de ahí el que los paganos desdeñaran el culto cristiano que carecía de ese aparato que lisongea y encanta á la imaginación. Los cristianos respondían que las magnificencias del culto pagano eran materiales, mientras que la sencillez de su culto respondía á la espiritualidad de la religión que anunciaban. Vosotros sois la carne, decían los cristianos; nosotros somos el espíritu; vosotros habláis á los sentidos, nosotros á la inteligencia, á la conciencia y al corazón. Vosotros buscáis emociones, nosotros convicciones. A vosotros os distraen, á nosotros nos edifican; las apariencias os encantan, á nosotros nos seducen las realidades.

Así hablaban los cristianos de los primeros siglos, y su respuesta es la que dan los cristianos del siglo XIX á los que ensalzan las pompas del culto romano y desdeñan el suyo á causa de su extrema sencillez.

A instancias del corazón humano que prefiere comprar la salvación á obtenerla gratuitamente de la mano de Dios, ha desfigurado Roma el gran dogma de la salvación por gracia, por medio de la fe, dogma que despoja al hombre de toda idea presuntuosa y le inspira por el Cristo ese supremo agradecimiento, manantial de generosas resoluciones y de una obediencia de todos los instantes tan ilustrada como voluntaria.

Para satisfacer las aspiraciones del corazón humano que se complace en obtener un perdón que ningún trabajo moral le cueste, ha instituido Roma la confesión auricular, las indulgencias que ponen el cielo al alcance de todos, las misas que tan útiles son á los vivos como á los muertos y otra infinidad de dogmas y ceremonias que nunca conseguirán cambiar al hombre, pero que siempre aumentan el poder y las riquezas del clero.

Tienen razón los que afirman que Roma dá satisfacción á las aspiraciones del corazón humano; solo que satisface las más bajas, las más rastreras, las que Cristo quiere destruir y que Roma alimenta, porque ellas son la base de su poder tirano. Mientras que el hombre quiera vivir en perpétua tutela, la Iglesia de Roma subsistirá, á menos que Dios la aniquile; el día que el hombre quiera ser hombre y aspire á la libertad gloriosa de los hijos de Dios, Roma, la soberbia Roma habrá dejado de existir.

UNA VISITA DE SAN PABLO Á LA HERÓICA VILLA DE MADRID.

(Continuación.)

El trayecto que separa el Prado de la iglesia de San L., ofrecía á las miradas del transeunte un aspecto deslumbrador. Los balcones estaban engalanados con vistosas colgaduras, y en ellos millares de personas se apiñaban para contemplar el rostro venerable del apóstol. Los soldados cubrían la carrera; á un lado los de caballería cuyos cascos relucientes heridos por los rayos del sol deslumbraban la vista; al otro los artilleros con sus pesados cañones y sus negras cajas de municiones; detrás de ambos cuerpos, los guardias civiles inmóviles sobre sus buenos caballos andaluces, y á lo largo de la carrera los batallones de cazadores de marcial continente, y los valientes regimientos de línea con sus bandas de música á la cabeza,

(1) Muy en breve publicaremos una serie de artículos encaminados á probar que la mayor parte de los dogmas y usos romanos son usos y dogmas tomados del paganismo.

(La Red.)

que atronaban los aires con himnos guerreros y marchas militares.

El rostro del apóstol espresaba asombro y satisfacción; asombró, porque veía por vez primera todo aquel aparato militar desplegado en honor de un cristiano; satisfacción, porque no dudaba del cristianismo de aquellos soldados que veía formados para recibir á un enviado de Dios.

¿Cuánto gozo embarga mi alma, dijo Pablo al arzobispo de Santiago que marchaba á su izquierda, al contemplar á todos esos hombres que creen en el Señor Jesús! Porque todos viven de la fe, ¿no es verdad?

El arzobispo exhaló un suspiro. Ay, beato Pablo, hace algún tiempo hubiera podido contestaros afirmativamente; pero hoy ¿quién sabe, quién sabe si algunos de los que forman en esas filas son incrédulos, ó lo que es peor, mil veces peor, pertenecen á la Iglesia protestante!

¿Que especie de monstruo es, pues, esa Iglesia protestante, cuando decis que pertenecer á ella es mil veces peor que vivir en la incredulidad? preguntó el apóstol.

Ah, señor, el protestantismo es la sentina de todos los vicios, la depravación del sentido moral, la monstruosidad mayor que han visto los siglos. Todos sus adeptos merecían expiar sus crímenes en una hoguera.

Callad y no pronuncieis palabras que no son conforme al espíritu de Cristo, replicó Pablo. En vez de deseárlas mal, orad por ellos para que vengan al camino de la verdad. Eso será lo que yo haré, y aun procuraré visitar á esos desgraciados, para ver de llevarlos á Cristo. Pero ahora se me ocurre preguntaros: si algunos de esos soldados son protestantes ó si son incrédulos, ¿cómo están reunidos con los demás para recibirme?

Porque la ordenanza militar así lo dispone.

¿Y para nada consultan su conciencia? añadió el apóstol.

Señor, un soldado no puede hacer lo que quiera. Se le dice que forme tal día, en tal ó tal solemnidad religiosa, y forma. ¿Acaso la mayoría del pueblo no es católica, y no debe un individuo inclinarse ante la mayoría?

Lo mismo que en mis tiempos, murmuró el apóstol, y luego levantando su vista al cielo exclamó: Señor, Dios y Padre nuestro en Jesucristo, ¿es posible que después de diez y nueve siglos que van transcurridos desde la muerte de tu Hijo dominen aún en el mundo las ideas paganas? Señor, ¿hasta cuándo? Derrama torrentes de luz sobre esta pobre tierra, para que lleguen sus habitantes á comprender el espíritu del Evangelio, y no sigan insultando del modo que ahora lo hacen la conciencia humana.

Terminada esta corta plegaria que asombró á todos los arzobispos y obispos que la oyeron, el apóstol siguió preguntando:

Y si un soldado de esos dijera que no quiere asistir á este acto, porque no cree que Cristo es el Redentor de los hombres, ¿que le harían?

Sería castigado severamente por haber faltado á la ordenanza, respondió el prelado.

Lo mismo que cuando reinaba Neron, dijo el apóstol. Las conciencias son nada delante del Estado. Pero, añadió Pablo, ¿porqué penetra la ordenanza en el santuario de la conciencia? Con tal que el soldado defienda á su patria y cumpla con sus otros deberes de ciudadano, ¿qué le importa al Estado que el soldado crea ó no crea? Cuestión es esa que se ventila únicamente entre el Criador y la criatura. Y decidme, ¿sucede lo propio con los demás españoles?

Hasta hace muy poco tiempo así era, y aún no hace muchos años que algunos españoles fueron condenados á nueve años de presidio por haber propagado doctrinas que condenaba la Iglesia de Roma; pero hoy desde que se ha concedido la libertad de cultos, es decir, la libertad del error y de la perdición, ni podemos llevar ante los tribunales á los herejes, ni menos impedir por la fuerza que propaguen sus doctrinas. ¿Qué calamidad tan grande aflige á la Iglesia!

¿Lo creéis así? dijo Pablo. Pues yo, apóstol de Cristo y conocedor de sus doctrinas, bendigo la hora en que la libertad de cultos ha sido decretada, y deseo que se estienda á esos soldados que á pesar del uniforme son hombres como los demás y tienen como todos los hombres una conciencia. Vosotros, doctores de la Iglesia, os asustáis de las herejías; ¿qué mayor

herejía puede existir que el castigo que se impone á un hombre que no quiere decir mentira y públicamente confiesa sus creencias por más que sean contrarias á la de la generalidad de los hombres? Una conciencia vale lo que un millón de conciencias, y el empleo de la fuerza para reducirla á que crea una doctrina, es un crimen que Dios castigará. Y si los que tal hacen son cristianos, son doblemente criminales. ¿No recordáis aquellas severas palabras que nuestro divino Maestro dirigió á Juan y á Santiago cuando estos le pedían que bajase fuego del cielo y destruyese á una ciudad samaritana que no quiso recibirle? «Vosotros, les dijo, no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres sino para salvarlas.» (Lucas, ix, 53, 56.) ¿No habéis leído en mi 2.^a á los Corintios, cap. x, vers. 4, «que las armas de nuestra milicia no son carnales?» ¿No he consagrado el derecho de examen y en su consecuencia la libertad de cultos cuando escribí á los Tesalonicenses en el cap. v, vers. 21, «examinadlo todo, retened lo bueno?» ¿Nada dice á vuestras almas el hecho de que Jesús mandara á Pedro envainar su espada, cuando este dejándose llevar de un celo imprudente hirió en la oreja á uno de los criados del Pontífice de los hebreos? ¿No sabéis que Dios quiere que su pueblo lo sea de franca voluntad y que las manifestaciones exteriores si no van acompañadas de fuertes convicciones no son más que una hipocresía de la que vosotros seréis los responsables ante el tribunal de Dios, puesto que vosotros sois con vuestra intolerancia los causantes de ella? ¿Quién os ha fascinado hasta el punto de que dejeis la realidad por la sombra, lo que es por lo que aparenta ser, un corto número de cristianos por un número considerable que lo sean solo en el nombre? La Iglesia de Cristo no prosperará en la tierra, ni dará los óptimos frutos que está llamada á dar, mientras que hagáis de ella un instrumento de opresión, cuando debe ser ante todo y sobre todo una institución libre como el Espíritu de Dios que la fundó: «donde está el Espíritu de Dios allí está la libertad.»

Nada contestaron á esto el arzobispo de Santiago ni sus colegas, pero muy á las claras dejaban ver en sus semblantes que no asentían á las palabras del apóstol.

Entretanto las músicas seguían tocando, las señoras arrojaban flores y palomas al apóstol que ni aún siquiera reparaba en estas demostraciones de júbilo, preocupado como estaba con las palabras del arzobispo, y la comitiva llegó á la iglesia.

(Se continuará.)

LOS PREDICADORES.

I.

Pocos son los buenos predicadores, buena mente hablando, y muchas son las circunstancias precisas en un predicador, para que lo sea aquel que no haya pasado los años de su juventud en escuelas cristianas; aquel que no haya pasado estos años en una sociedad cristiana y entre buenos cristianos; aquel que no haya hecho en esta edad los estudios teológicos necesarios, y los haya hecho con maestros cristianos, hombres de vastos conocimientos y de profunda experiencia en la doctrina de Jesús: el que por estas pruebas no haya pasado, podrá tener elocuencia, serenidad, fuego, pero le faltará siempre ese *sabor evangélico*, ese *quid* que no se puede definir y que solo se adquiere en los sitios, entre las personas y con los estudios que indicamos.

Esta es observación que venimos haciendo desde mucho tiempo hace, comprobada cada vez más con los sermones que oímos en las distintas cátedras evangélicas. Cada predicador tiene sus defectos, nacidos—no ya solo de sus propias condiciones particulares, que estos defectos todo predicador los tiene—sino de sus estudios, de las escuelas por donde han atra-

vesado, de la Iglesia en que han militado, de la sociedad en que han vivido. En España hay muy pocos predicadores con las condiciones que al principio hemos espuesto. Abierto el país á la libertad de cultos ha habido necesidad de lanzar á la pelea, por decirlo así, todos los instrumentos más ó menos útiles que se han encontrado á mano. Yo no tendría obstáculo, sin presumir de inteligente y penetrador, en asegurar de qué escuela ó de qué Iglesia había venido al Evangelio un predicador, con solo escuchar su primer sermón. Los curas católicos que han conocido á Jesucristo, tienen siempre tendencia de predicar sermones de moral; los que vivían del trabajo de sus manos y han sido llamados por Dios á la predicación del Evangelio, hablan con la sencillez que proviene, no del convencimiento en que están que la Palabra de Dios ha de ser predicada de esta suerte, para que puedan aprovecharse de ella los humildes y los ignorantes, sino con la sencillez, empleemos la palabra propia, con la vulgaridad que proviene de la falta de toda clase de conocimientos teológicos, morales, filosóficos é históricos, al paso que los que poseen estos caen en el error de ostentarlos siempre, convengan ó no convengan al texto que desarrollan, olvidando lo que es de rigor en toda predicación; la escitación á los fieles para que conozcan su pecado y le borren con la sangre de Jesucristo.

Es lástima que, después de cuatro años de libertad de conciencia, no se haya pensado de una manera seria en establecer en nuestro país seminarios donde se formaran planteles de predicadores que honraran la naciente tribuna evangélica española. Los que estudian en los seminarios extranjeros tienen todas las condiciones apetecibles para ser buenos predicadores, si ellos tienen condiciones intelectuales y morales que han engrandecido con el estudio, se entien- de, pero aún así y todo, ya en sus opiniones sobre determinados puntos teológicos, ya hasta en sus modismos y en la misma construcción gramatical de su lenguaje adolecen de cierto sabor de extranjerismo que sería bueno evitar creando los susodichos seminarios.

¡Cuántas veces hemos visto con dolor en nuestras tribunas á hombres cuya predicación entera se reducía á ser una diatriba, las más de las veces sin arte, contra la Iglesia romana! Y el público, amigo siempre de las cosas de sensación y de efecto, aplaudía; lo cual prueba que ni hay verdaderas costumbres cristianas todavía, ni muchos predicadores que comprendan íntimamente la serena tranquilidad y el augusto entusiasmo con que la Palabra de Dios debe ser predicada.

Al sostener nosotros que solo deben ocupar la cátedra del Espíritu Santo los que á su fe cristiana unan conocimientos sagrados y profanos, no queremos decir que debe privarseles de subir á ella á aquellos hombres que dotados de un gran espíritu evangélico hablan con más unción y mueven los corazones hacia Jesucristo, mejor que los más elocuentes predicadores. Pero estos son poquitos por desgracia. Dios se sirve como un medio de la elocuencia humana, y hay que acatar sus designios. Un pastor extranjero refiere que una buena cristiana, Dorotea Trudel, sin preparación de ninguna especie, se ponía á explicar cualquier pasaje de la Escritura, y los hombres más célebres de las iglesias protestantes acudían á oír, y devoraban con secreto placer sus discursos. Pero no hay que abusar de esto, que más comu-

nes que los Teodora Trudel suelen ser los que con motivo de un texto cualquiera, dicen cosas tan inútiles para el adelantamiento del reino de Dios como para la ilustración de los hombres.

OCHENTA AÑOS DE LUCHA.

I.

La Holanda es el país de la libertad de conciencia. Cuando España, la reina de dos mundos, no sabía más que inclinar la cabeza ante el poder inquisitorial, Holanda se levantaba como un solo hombre contra aquel Felipe II, parecido á Neron en las crueldades de su vida y á Tiberio en las miserias de su muerte. Carlos V, aquel tipo admirable de rey caballero, tirano como César, hundió en el sepulcro en un día memorable las libertades que habían hecho la gloria y la prosperidad de Castilla. La hora de los grandes imperios llegaba. La humanidad estremecida empezaba á abortar en el crepúsculo de la Edad Media las nacionalidades modernas que traían ya á la vida una noción más pura y más clara del progreso humano. El señor feudal sentado ante la enorme chimenea de la cámara donde se conservaban los retratos de su familia, había pasado horas amarguísimas. Había escuchado los disparos estrepitosos de las bombarbas, y había comprendido que aquel conjunto de piedras hacinadas sobre el pico de la roca que se llamaba castillo solariego podía venir abajo en un solo día, cuando antes apenas arañaban débilmente el muro denegrido por la lluvia las saetas de los enemigos; había visto u oído hablar de pedazos de madera que se estampaban en el papel, letras con que se podía imprimir un libro y repartir á la humanidad, como una comunión intelectual, el pensamiento de un hombre; sabía que allá al otro lado del mar, coronado de los rayos del sol, nueva Hespéride sonriente engalanada con una eterna juventud, había sido descubierto un nuevo mundo que parecía que estaba todavía en ebullición, con árboles que habían cobijado á los mastodontes antediluvianos y con encinas que habían resistido los huracanes y las tempestades genesiáticas, nuevo mundo que parecía una promesa de bienes y de libertades á la vieja Europa desgarrada por el rey, por el barón, por el abad, por el municipio, y por último, para acabar de aumentar sus terrores, oía todos los días que á nombre de no se qué principios de tolerancia y de libertad de conciencia, en no se qué países, los templos católicos eran escarnecidos, los altares derribados, insultados los sacerdotes, las criptas abiertas y aventadas las cenizas de los muertos y no encontraba otro remedio á esta disolución del mundo moral de su tiempo que repetir con honda tristeza aquella inscripción que gravó Orcagna en el cementerio de Pisa, en su Danza de la muerte, debajo del grupo de viejos, enfermos y moribundos que llaman á gritos á la muerte, y que decía: «*O morte! medicina d'ogni pena.*»

Guiberthi, el precursor de Masacio, Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael, esculpió maravillosamente las puertas del baptisterio de Florencia, puertas que el mismo Miguel Angel llamaba las puertas del paraíso y que nosotros por lo ménos llamaríamos las puertas triunfales del Renacimiento. Pues bien, todas las manifestaciones del espíritu humano pasaban por una especie de arco de triunfo semejante. La Biblia muerta se escapaba de la mano fría del clérigo romano y palpitaba y abría los tesoros de su amor escondidos al intérprete lego que la pedía un consuelo ó una esperanza; la caballería que había endiosado hasta un punto inconcebible á la mujer, innecesaria ya, moría entre los sarcasmos de Cervantes; la escolástica, aquella escolástica que discutía seriamente cuestiones como esta de Raimundo Lulio: «¿Ha podido ser bautizado el hombre por el diablo?» deja su herencia á Bacon de Verulamio: la química nace de la alquimia; la astronomía de la astrología y de la cábala; la medicina lanza un grito de estupor al encontrar un nuevo mundo en el organismo del hombre cuando anatómiza el primer cadáver con el glorioso escalpelo de Andrés de Vesal; Miguel Angel se arroja sobre los cadáveres y estudia las fibras, los músculos, y el arte que hasta entonces no había estudiado

el cuerpo del hombre, entra en el apogeo de su gloria: la catedral por entre cuyas ojivas adornadas con vidrios de colores penetraban los rayos del sol de la tarde, que semejaban los resplandores centelleantes del Paraíso, está muda y silenciosa porque la fe, ese otro sol de las almas, empieza á vacilar ante aquella tempestad de la protesta que se llama Lutero, Melancthon, Pomeranus, Zuinglio; la *gaya sciencia* de la caballería y de los trovadores provenzales, que es como la poesía de la juventud de la humanidad, se llama ahora Calderon y Sakespeare, y por todas partes el genio del mundo moderno, asoma á las puertas del mundo de la Edad Media y le manda en nombre de Dios, que es la eterna ley del progreso, que le entregue el cetro con que ha regido á tantas generaciones y se hunda en el polvo de la historia.

Pero lo que parecía un milagro prodigioso, era que al mismo tiempo que el Renacimiento estallaba con todas sus alegrías, muriese la libertad á manos de un emperador. El imperio más magnífico del mundo no tenía otro pedestal que el sepulcro donde yacían unas libertades perdidas por la tiranía de un extranjero y los errores de los naturales. Carlos V acabó con la ya exigua tiranía de la nobleza; pero no fué sin arrojar durísimas cadenas sobre el pueblo. Pero la Providencia que nunca abandona á los pueblos, vertía entre ellos y sobre ellos nuevas corrientes de independencia y de libertad, que en un porvenir más ó ménos lejano, los harían levantarse contra el tirano ó contra los descendientes de él. Y la Holanda es de esto un bellissimo ejemplo. Mientras España agonizaba á los pies de Felipe II, en el fondo de unos pantanos, en una tierra húmeda é invadida de continuo por las olas del mar, se levantó la protesta de la independencia, del derecho y de la libertad, contra un opresor bárbaro que pretendía trasplantar las hogueras de Valladolid y de Sevilla á las plazas de Namur y de Utrech. En esta lucha gloriosa que hemos de relatar se fraguó para ese pueblo, feliz por tantos títulos, la libertad de conciencia y la libertad de pensamiento; se demostró con el ejemplo del duque de Alba, lo impotente que es el esterminio para concluir con las ideas religiosas y de libertad, y cómo un Estado pequeño puede hacer frente al mundo entero cuando se trata de Dios, de la patria y de los privilegios que ama. Aquella república sabia y morigerada que surge en medio del incendio, de la devastación, de las ciudades asoladas, de los diques rotos y de los tercios de Flandes destruidos, es una gran lección. Meditémosla con el corazón lleno de la bondad de los designios providenciales.

A. SANCHEZ DEL REAL.

LOS VALDENSES.

Como en muchas ocasiones hemos hablado en nuestro periódico de esta secta de cristianos, tan perseguida por la intolerancia romana, bueno será que narremos lo más brevemente posible su historia, que en las enseñanzas de lo pasado están los progresos de lo presente.

La secta de los valdenses está compuesta de pastores y aldeanos en su generalidad. Las vertientes de los Alpes francesa é italiana, les suministran pastos para sus ganados, y soledad para sus meditaciones. Al Occidente del Piamonte se encuentran Perusa, Augrogue, Lucerna y San Martín, célebres por las persecuciones sufridas por sus habitantes.

¿Cuándo nació esta secta? Unos dicen que data desde las predicaciones apostólicas; otros desde la herejía de los albigenses; estos desde el nacimiento de Constantino en que ya hubo cristianos que rechazaron las innovaciones introducidas en la Iglesia por los Papas y Concilios, y aquellos desde las predicaciones de Pedro Valdo. Sea lo que sea de esto, ello es que á principios del siglo XII se desencadenó contra ellos la cólera romana, y empezaron las persecuciones.

Sus doctrinas variaban poco de las nuestras. La Sagrada Escritura era su única regla de fe. No creían en el Bautismo, dándole el poder salvador que le dá la Iglesia romana, ni en la misa, ni en la transubstanciación, ni en el purgatorio; negaban la eficacia de las oraciones por los muertos y no reconocían al Papa. Una confesión

de fé de los valdenses que se supone hecha en 1120, dice: «Son una abominacion de que no debe hablarse delante de Dios todas las cosas inventadas por los hombres, tales como las fiestas y las vigilijs de los santos, el agua que se llama bendita; lo mismo que abstenerse de carne y otros alimentos en ciertos dias; y en fin, todas las cosas semejantes, y principalmente la misa.»

Nosotros creemos y conservamos firmemente todo lo que está contenido en los doce artículos del símbolo de los apóstoles, considerando como herejía todo lo que no está conforme con ellos.

Nosotros creemos en un Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Nosotros creemos que Dios es vida, verdad, paz y justicia, pastor y abogado, víctima y sacrificador, y que ha muerto por la salvacion de todos los creyentes, y resucitado para nuestra justificacion.

Nosotros creemos que los sacramentos son signos ó formas visibles de gracias invisibles. Y sostenemos que es bueno que los fieles usen algunas veces de estos signos ó formas visibles si esto puede hacerse; y sin embargo, creemos y sostenemos que los fieles pueden salvarse, aunque no reciban los dichos signos cuando no se encuentran en lugar propio ó no tienen medios de usarlos.

Nosotros no conocemos otros sacramentos que el Bautismo y la Eucaristia.

Nosotros debemos honrar al poder secular con sumision, obediencia y buena voluntad, y pagando los tributos.

Todos los hombres buenos son sacerdotes por el mero hecho de ser hombres buenos, y cualquier individuo en estado de gracia tiene tanto poder para absolver como los católicos reconocen en el Papa.

Como se vé, salvo leves diferencias, sus doctrinas eran las evangélicas.

Los valdenses reivindican para sí á Arnaldo de Brescia, aquel famoso hereje de quien decia San Bernardo: «Yo quisiese que Arnaldo de Brescia tuviese una doctrina tan sana como austera es su vida, y si quereis conocerlo, sabed que es un hombre que no es comedor ni bebedor: solo como el diablo está hambriento y sediento de la carne de las almas.» Por lo ménos Bernardo no era como los obispos y los curas modernos, que por el mero hecho de separarse de su Iglesia niegan al que lo hace hasta el título de hombre honrado y de buenas costumbres.

Pedro Valdo, el iniciador de la doctrina, ó por lo ménos el que le dió su nombre, era un rico ciudadano que allá por los años de 1143 vivia en el Walden, cerca de Lyon. Parece ser que un dia, como San Antonio, oyó leer en el Evangelio las palabras que Jesús dirigió al jóven opulento: «Si quieres ser perfecto, vende tus bienes y dáselos á los pobres:» y la retirada del jóven y la contestacion de Jesús. «Más difícil es que un rico se salve, que un camello pase por el ojo de una aguja;» todo lo cual le conmovió extraordinariamente. Desde aquel momento se imaginó que no había sobre la tierra otra norma de vida cristiana que aquella, y vendiendo todo lo que tenía lo repartió á los pobres y empezó una vida de indigencia. Dado aquel ejemplo de abnegacion, otros le siguieron. Al poco tiempo ellos mismos predicaban y extendian su doctrina, como predicaban los apóstoles el Evangelio.

Como sucedió más tarde con la Reforma, sucedió entonces con los valdenses; se les calumnió cobardemente y se les acusó de toda suerte de crímenes. Belvedere escribió: el astuto Valdo inducia á sus discípulos casados á que cediesen sus mujeres para uso comun, pretendiendo indemnizar á su parciales de esta manera, de las privaciones que la pobreza llevaba consigo. Daba esto lugar, como es de suponer, á los más grandes desórdenes; pero los sectarios de Valdo se justificaban con la necesidad de aumentar los santos en su religion. A semejantes calumnias no tenemos más que oponer las palabras del mismo Thamuz, historiador católico. Los valdenses lo que más guardan es el honor y la castidad, hasta el punto de que sus vecinos, que por cierto no profesaban su religion, para asegurar sus hijas contra las violencias de la gente de guerra, las confiaban al cuidado y buena fé de los valdenses. El cardenal Baronio dice: «Los valdenses huyeron todo comercio hecho con mujeres.» Carlos de Seissel en 1517, decia de ellos: «Por su vida y costumbres, ellos han vivido sin reproche

entre los hombres, consagrándose con todo su poder á la observacion de los mandamientos de Dios.» Por último, Carlos Botte, que publicó en Paris el año de 1832 una historia de Italia, dice hablando de estos cristianos: «Los valdenses han conservado costumbres integras hasta el punto de que no podría decirse que hubiesen rechazado el freno de la autoridad para obedecer á la impetuosidad de las pasiones.»

Los valdenses que hoy viven porque la secta ha llegado hasta nosotros, tienen el mismo carácter que sus antepasados tan cruelmente perseguidos y exterminados por los clérigos romanos. Tienen la misma sencillez y la misma religiosidad y se parecen mucho, al decir de uno de nuestros escritores que ha recorrido sus montañas, á nuestros vascos por su honradez y moralidad.

EL ECO. (1)

Cerca de un monte pasaba
Un niño que en su alegría,
Daba gritos á porfía,
Que el eco fiel remedaba.

Al oír el eco aquel,
Detúvose presuroso,
Creyendo que un malicioso
Se estaba burlando de él.

Volvió á gritar sin aliento,
Por ver si él burlon gritaba,
Y en efecto, contestaba
De la propia suerte el viento.

Entonces de rabia lleno,
En denuestos prorumpió,
Que el eco le devolvió
Tan pausado y tan sereno.

Llegó á su casa, y el hijo
Contó á la madre el suceso;
En la boca le dió un beso
La madre, y esto le dijo:

«La juventud siempre es loca;
Lo que tu enojo causaba
Es que el eco remedaba
Las palabras de tu boca.

Si tú hubieras replicado
Con palabras de cariño,
Te hubieran, sí, ¡pobre niño!
Con las mismas contestado.»

Esto en la vida sucede;
Al que no siembra cariño
Le acaece lo que al niño.
Cariño obtener no puede.

Al que ama, amor le darán,
Y odio atroz al que aborrece;
Aquellos que el hombre ofrece
Es lo mismo que le dan.

Del amor está la senda
Tapizada de verdura;
No hay desgracia que él no cura,
No hay herida que él no venda.

«Amaos con amor profundo»
Dijo una vez el Señor:
¡Desde entonces el amor
Está gobernando al mundo!

A. SANCHEZ DEL REAL.

(1) El pensamiento está tomado de La Estrella de Belén.

HUGO LATIMER.

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores, representa á uno de los reformadores del siglo XVI. En los primeros albores de la Reforma en Inglaterra, cuando algunas almas rectas, prescindiendo del rey Enrique VIII y de sus veleidades empezaban á anunciar la Palabra de Dios, vivia en Cambridge un sacerdote católico que se distinguía de todos por el fanatismo con que sustentaba las doctrinas de Roma. En las procesiones se le veía marchar con la frente erguida, la mirada resuelta y llevando siempre la cruz de la universidad. Ese sacerdote se llamaba Hugo Latimer. Hábil para ridiculizar á los evangélicos, empleaba todos los medios para que renunciaran á sus creencias. Era un nuevo Salomón, que muy pronto debía parecerse aún más al apóstol de los gentiles.

Los progresos de la doctrina evangélica irritaban á Latimer; así es, que redoblaba su celo para acabar con ellos. En la iglesia, en la universidad, en las calles, en todas partes levantaba su voz para combatirla.

Con motivo de tener que recibir el grado de bachiller en teología, Latimer pronunció contra las doctrinas reformadas, un brillantísimo discurso que produjo honda sensacion en sus oyentes. Encontrábase entre estos un hombre de rostro pálido y de pequeña estatura; pero muy versado en las Santas Escrituras y enteramente consagrado á la causa evangélica. Bilney, que así se llamaba, se apercebía de los sofismas con que Latimer defendía su causa; pero se sintió al mismo tiempo atraído hácia aquel hombre que tan ruda guerra hacía al Evangelio. Entonces concibió un proyecto tan extraño como cándido, pero que debía tener por consecuencia una de las más portentosas conversiones que registran las páginas de la historia.

Bilney llegó una mañana al colegio donde vivía Latimer: «Por el amor de Dios, le dijo, oídme en confesion.» Mi último discurso contra el protestantismo, le ha convencido, sin duda, pensó Latimer y se dispuso á escuchar á su penitente.

Entonces empezó éste á contarle las angustias de su alma mientras que quiso vivir conforme á los preceptos de la Iglesia de Roma, y la dulce paz que había encontrado en Jesucristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Le describió el espíritu de adopcion que había recibido, y la felicidad de su alma porque podía llamar á Dios su Padre.

Latimer, que creía iba á escuchar una confesion, se sorprende de aquella exposicion de doctrina cristiana. Bien quisiera alejar de su mente las nuevas ideas que cruzan por ella, pero no hay posibilidad de hacer callar aquella dulce voz que habla de las cosas de Dios. Por fin Latimer, vencido como Pablo en el camino de Damasco se convierte, y su conversion como la del apóstol es instantánea. Entonces lloró amargamente y Bilney le consoló con estas palabras bíblicas: «Si vuestros pecados fueron rojos como el carmesí, vendrán á ser blancos como la nieve.» Esos dos jóvenes, Latimer y Bilney, debían subir un día al cadalso por ser fieles al Divino Maestro, cuyo espíritu les enseñaba en una modesta sala de un colegio de Cambridge.

Latimer había nacido en 1491 en el condado de Leicester. En 1530 fué nombrado capellan de palacio, puesto que honró con su fidelidad y firmeza de carácter.

Latimer no ocultó nunca la verdad al rey Enrique VIII. En una ocasion en que se decia que el rey pensaba sustituir á la reina consorte con otra mujer, Latimer envió al rey una Biblia envuelta en una servilleta con una inscripcion que decia: «Dios juzgará á los fornicarios y á los adúlteros.»

Caído de la gracia del rey por no haber querido doblegarse á sus exigencias, Latimer fué encerrado en la torre de Londres, en donde permaneció hasta el advenimiento al poder de Eduardo VI. Entonces rehusó la silla episcopal que se le ofrecía para consagrarse única y exclusivamente á la predicacion.

Aunque ya de edad avanzada, iba por todas partes predicando al pueblo y las jornadas las hacía á pie, modestamente vestido y llevando siempre pendientes de su cintura un Nuevo Testamento y unas gafas.

La libertad de que gozó la Inglaterra protestante bajo

Eduardo, se cambió bajo el reinado de Maria, la mujer de Felipe II de España, en la tiranía más feroz.

Entre los primeros que tuvieron que sufrir el martirio se encontraron Latimer y otro evangélico llamado Ridley.

Cuando pusieron debajo de Ridley las gavillas que debían devorar su cuerpo, Latimer para animarle, le gritó con su tono simpático y familiar: Consolao, maestro Ridley y sed hombre. Hoy encenderemos en Inglaterra, con la gracia de Dios, una antorcha tal que creo no se extinguirá jamás.

La profecía de Latimer se ha realizado: «La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia.»

LA JUSTIFICACION POR LA FÉ EN CRISTO.

En medio de la diversidad de pareceres de los hombres acerca de todas las materias, existe sin embargo una cosa sobre la cual todos están de acuerdo, y es que todos han de morir.

Ahora bien; después de la muerte viene el juicio. ¿Tenemos esperanza de ser absueltos en el tribunal de Dios? ¿Qué responderemos al soberano Juez cuando nos presente su ley santa, que todas las criaturas racionales están en el deber de cumplir? ¿Diremos que hemos amado á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos? ¿Presentaremos á Dios para que nos justifique nuestra honradez, nuestras oraciones, nuestras limosnas, nuestra asistencia á los servicios religiosos? ¿Cuál de estas cosas nos justificará?

Ninguna, absolutamente ninguna. Tomemos cualquiera de los diez mandamientos; mil y mil veces los hemos quebrantado. Todos somos culpables, todos merecemos la justa condenación de Dios.

Otra cosa será si nos presentamos delante de Dios alegando esta razón: «Cristo murió en la cruz para salvar á los pecadores que creyesen en Él. Yo, pecador, creo en Cristo; mi fé me ha separado del primer Adam y me ha unido indisolublemente con el segundo, con Cristo Jesús.»

La justicia de Cristo es el único vestido con que podemos vestirnos para entrar en la sala del festín.

El nombre de Cristo es el único que nos abrirá las puertas de la Jerusalem celestial, será un salvo conducto para que nadie ponga entorpecimiento á los que creen.

Cuando los ángeles de Dios separen en el último día á los hijos de Adam, colocarán á la diestra del Altísimo á los que encuentren marcados con la sangre del Cordero Inmaculado.

Cristo es el todo para el alma que aspira á la salvación: el que entra en el cielo, lo hace por los méritos de Cristo.

LOS CONSEJOS DE LA ENFERMEDAD.

Dos cosas hay que los hombres debieran saber para ser felices en este mundo, y son: saber vivir y saber morir.

¿Para qué sirve la enfermedad? preguntan muchos hombres que no conocen al Señor ó que le conocen poco. La enfermedad sirve, respondemos nosotros, para enseñarnos que dependemos absolutamente de Dios, que somos frágiles y que nuestras esperanzas deben cifrarse en el cielo donde tenemos nuestro tesoro.

Así considerada, la enfermedad es una buena preparación para la muerte, y una mejor preparación aún para la vida en el caso de que sea la voluntad de Dios prolongarla algunos años más sobre la tierra. La enfermedad es un aviso de Dios semejante al que dirigiera al rey Ezequías por boca del profeta Isaías, que nos dice: «Prepárate á morir.»

Puede suceder que el enfermo desee vivir aún algún tiempo para reparar faltas pasadas, para consagrarse por completo al Señor y hacer bien á los pobres pecadores, y en ese caso puede con toda libertad pedir á Dios que le conceda días de vida.

Eso fué lo que hizo Ezequías y Dios accedió á sus súplicas concediéndole 45 años más de vida. Lo mismo puede hacer el cristiano, con la seguridad de que es posible que Dios le escuche.

Las enfermedades vienen á recordarnos que el Señor quiere, no la muerte del pecador, sino su conversión y su vida y para esto le avisa que sus días pueden ser cortos y que debe prepararse á morir en Cristo, único nombre dado á los pecadores en el que pueden ser salvos.

Las enfermedades ponen de relieve ante nuestra vista las faltas que en un tiempo no considerábamos como tales, las malas acciones y los malos pensamientos que nosotros creíamos, si no buenos del todo, indiferentes por lo ménos.

Las enfermedades nos aconsejan que purifiquemos nuestro corazón. Una buena madre decía en cierta ocasión á sus hijos, hombres honrados según el mundo, pero poco religiosos: «Hijos míos, vuestro género de vida no es lo que debiera ser.» «Pero, madre, respondieron estos, ¿qué daño hacemos á nadie? ¿No vivimos honradamente?» «Si, hijos míos, añadió la madre, vivís bien para vivir; pero no vivís bien para morir.»

¡Palabra profunda que todos los hombres debieran meditar antes que las enfermedades vengan á poner angustia en nuestras almas!

CONFESAD VUESTROS PECADOS DELANTE DE DIOS.

Quien confesare sus pecados y creyere en el Hijo de Dios será salvo. ¿No es esta la doctrina que resalta en todas las páginas de las Santas Escrituras? ¿No es esto lo que nos enseña el rey David cuando reprendido por el profeta Natan á causa de su crimen, lo confiesa con ingenuidad y dice: «Pequé contra Jehová?» ¿No nos dá el mismo ejemplo el hijo pródigo de la parábola diciendo á su padre: «Padre, he pecado contra el cielo y contra tí, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo?» ¿Y no vemos en la Biblia que Dios perdona á cuantos se arrepienten de sus culpas y vienen á Dios por Jesucristo para obtener perdón? ¿Por qué, pues, ese afán insensato de los hombres de atenuar sus faltas, de no confesarlas con sencillez, de buscar excusas y pretextos para aparecer como inocentes?

Cuentan que el duque de Osuna visitaba un día en Barcelona á los galeotes condenados á tan dura pena por sus crímenes, y les iba preguntando á uno por uno la causa de su condena, con intención de conceder la libertad á quien él tuviera por conveniente. Todos alegaban excusas para probar al duque lo injusto de la sentencia que los había llevado á aquel lugar: unos eran inocentes, otros habían cometido faltas tan ligeras, que era verdaderamente una iniquidad haberlos condenado á remar en las galeras.

El duque escuchaba y seguía preguntando. Llególe por fin el turno á un galeote que respondió: «Yo no niego que mi sentencia sea justa; he merecido mi condena, porque un día que me encontré sin recursos robé cerca de Tarragona á un viajero que por allí pasaba.»

«Eres un criminal, respondió el duque, y no quiero que contamines con tu presencia á los hombres honrados que se encuentran en este lugar. Que pongan inmediatamente en libertad á este hombre.»

Hizo bien el duque de Osuna de poner en libertad á un hombre que por lo ménos era sincero. Pues bien, si tenemos nosotros la desgracia de caer en el pecado, seamos sinceros para confesarlo delante de Dios, suplicándole al mismo tiempo que nos perdone por el amor de Cristo y nos dé fuerzas para no volver á pecar, y Dios nos perdonará.

MIRANDO Á JESÚS.

Tres palabras solamente; pero tres palabras que encierran el gran secreto de la vida.

«Mirando á Jesús» en las Escrituras, para saber quién es, qué ha hecho, qué dá, qué pide; para encontrar en su carácter nuestro modelo,

en sus lecciones nuestra instrucción, en sus preceptos nuestra ley, en sus promesas nuestro descanso, y en su persona y su obra la plena satisfacción ofrecida á todas las necesidades del alma.

«Mirando á Jesús» crucificado, para encontrar en su sangre derramada por nosotros el perdón y la paz.

«Mirando á Jesús» resucitado, para encontrar en Él la sola justicia que justifica, y por cuyo medio, por indignos que seamos, podemos con plena seguridad dirigirnos á Dios en su nombre.

«Mirando á Jesús» glorificado, para encontrar en Él abogado para con el Padre que haga completa por su intercesión la obra misericordiosa de nuestra salvación; que comparezca por nosotros en la presencia de Dios, y supla la imperfección de nuestras oraciones con el poder de esa oración suya que el Padre escucha siempre.

«Mirando á Jesús» revelado por el Espíritu Santo, para encontrar por medio de una constante comunicación con Él, la purificación de nuestros corazones manchados por el pecado, la iluminación de nuestros pensamientos sombríos, la transformación de nuestra voluntad torcida para que triunfemos del mundo y del demonio; resistiendo su violencia por medio de Jesús, nuestra fuerza; sus malvados consejos por medio de Jesús, nuestra sabiduría; de Jesús que nos sostiene contra las tentaciones de las mismas cosas que Él sufrió.

«Mirando á Jesús» para que recibamos de Él con el trabajo y la cruz de cada día, la gracia suficiente para llevar la cruz y acabar el trabajo; para que seamos pacientes con su paciencia, activos con su actividad, amantes con su amor; para que no preguntemos siempre «¿qué puedo hacer yo?» sino «¿qué no puede hacer Él?» y descansemos en su potencia que se perfecciona en la flaqueza.

«Mirando á Jesús» para que el resplandor de su rostro ilumine nuestras tinieblas; para que nuestro gozo sea santo y nuestros pesares mitigados; para que nos humille y nos exalte á su debido tiempo; para que perdone nuestras faltas, nos enriquezca con su justicia, nos enseñe á orar y á ser constantes en nuestras oraciones.

«Mirando á Jesús» que dá el arrepentimiento como la remisión de los pecados, para que recibamos de Él un corazón que sienta sus necesidades y clame merced á sus pies.

«Mirando á Jesús» que subió á la mansión de su Padre para prepararnos lugar; á Jesús que nos ha dejado esa bendita esperanza para que vivamos sin murmurar y muramos sin tristeza, cuando llegue el día en que tengamos que luchar contra el último enemigo, la muerte, que Jesús venció y que nosotros también venceremos por Él.

REMITIDOS.

MARON 47 DE SETIEMBRE DE 1872.

Señor Don A. C.

Estimado amigo y hermano en el Señor: Hoy le remito mi reseña mensual del próximo pasado, y cuento que mientras Dios me lo permita no faltaré en mandársela. ¡Ojalá viera que todos lo practican lo mismo, porque para mí no hallo nada tan bello y tan precioso como lo es el que las noticias crucen por los espacios que nos separan. Precisamente este es el cargo que quisiera que todos se hicieran, y sobre todo que tomaran por costumbre el publicar dichas noticias desde el púlpito, y

encomendarlas á la oración: á no dudarlo esto llegaría á hacerse general é importantísimo, porque como es de suponer, todos los feligreses acudirían todas las quince-
nas para adquirir noticias de sus hermanos. Con res-
pecto á la venida á esta del Sr. D. Francisco Ca-
brera, es de desear que llegue á efectuarse tan luego
como las circunstancias se lo permitan. Aquí tenemos
mucho que hacer, y conviene demasiado que nos lle-
guen á auxiliar; aquí no faltan piedrecitas, solo que es
preciso pulimentarlas. A Vd. no le digo nada, porque
ya sabe que su presencia produciría muy buen efecto.

Sin otra cosa vea si puede dar publicidad á la reseña
que le incluye adjunta su hermano en el Señor,

TUDURY.

Reseña mensual de la obra evangélica balear.— Mahon, isla de Menorca, España.

A todos los hermanos salud y bendición. Mi bien
amados hermanos en Cristo Jesús: Cuando veo acer-
carse los días 45 y 1.º de mes, siento un vivo placer con
sólo pensar que voy á recibir noticias vuestras. Vos-
otros no podeis imaginaros el efecto que me produce
cuando recorro las interesantes columnas de LA LUZ y
en ellas encuentro vuestro nombre estampado al pie de
una que otra noticia, las cuales se hacen todos los días
más y más interesantes.

Por una de ellas, inserta en el núm. 408, hemos
visto con gran interés y satisfacción que la obra de Ca-
muñas, á Dios gracias, aumenta; nosotros, humildes is-
leños, felicitamos á su pastor nuestro muy querido her-
mano Astray, á quien deseamos toda clase de prosperi-
dad y bendición. Igual felicitación mandamos á la de
Córdoba y á su digno pastor el Sr. Sanchez, esperando
poderlas dar también á otros que sabemos trabajan con
el mayor ahínco. Mucho, sí, mucho nos alegraría saber
de todos, y poder publicar todas sus buenas noticias
desde nuestro púlpito á los fieles, quienes experimen-
tan una gran satisfacción al ver el buen espíritu de
unión que se conserva, y que el progreso del Evangelio
se hace.

En fin, mi bien amados; es muy justo que yo tam-
bien os dé alguna buena noticia respecto á la obra que
nuestro muy querido hermano Empaytaz y el Sr. For-
ner, dirigen en la gran ciudad de Barcelona. Sabido es
que desde algun tiempo á esta parte se nota allá cierto
progreso como jamás se ha visto hasta ahora. Así nos lo
asegura uno de nuestros feligreses que pasa por allí con-
tinuamente por asuntos propios; y como es persona que
nos merece toda confianza, no reparamos en hacerlo in-
sertar, supuesto que otros más interesados lo callan,
ya sea por prudencia ó por exceso de modestia. Estas
son las últimas noticias: nuestro hermano M. nos dice
que el pastor Empaytaz, con sus acertadas predicacio-
nes y finos modales, se ha sabido captar la buena vo-
luntad del público, y que un respetable número de
personas acuden con gran gusto á todos los cultos que
celebra: sabemos que uno tiene lugar en francés, en la
calle Nueva de la Rambla, y otro en español en la calle
de Amalia. En el primer punto tiene dos escuelas esta-
blecidas, una de párvulos y adultos y otra de niñas, y
últimamente, en unión del Sr. Forner, han establecido
otra de adultos y párvulos en la Barceloneta, y que úl-
timamente, el infatigable Sr. Forner ha abierto otra cla-
se nocturna. Estas últimas son de mucha trascendencia,
aunque resulten más costosas á causa de las luces, por
cuanto á ellas acuden las más de las veces artesanos
con buenas disposiciones, que por no poder concurrir
en las horas de trabajo quedarían sin instrucción. La
única cosa que es de sentir, es que el local que ocupa
hoy el Sr. Forner no es de más cabida (de 60 á 70).

Mucho sería desear que las personas que patrocinan
las obras de esta clase lo tomaran en consideración, á
fin de que el Sr. Forner pudiera estenderse más, su-
puesto de que promete tanto, y que la mayor parte de
los que acuden son todas personas pobres, como lo
prueba la escasa suma de 46 francos que reunió en el
mes próximo pasado.

En fin, nosotros en el mes pasado también, gracias
al Divino Salvador, nos reunimos á su santa mesa unas
veinte personas; el número no fué mayor, porque varios
de nuestros feligreses se hallaban fuera, y luego tam-
bien teníamos á dos enfermos, que fuimos á ver en
sus propias casas: varios que asisten á los cultos nos
manifestaron el vivo deseo de poderse sentar con nos-

otros, á lo que contesté que yo aceptaba con gran placer
su proposición, pero que convenia mucho lo aplazaran
para la otra, que mediante Dios tendrá lugar en el
primer domingo de Octubre próximo, en la que tam-
bien tomarán parte varios catecúmenos, é interin les
iría preparando para que fueran más fuertes en la
fè. Con respecto á concurrencia, desde que algunos re-
gresan del interior se nota más afluencia, pero jamás,
como la hemos visto en invierno, esperando, sin em-
bargo, que este año no será ménos que los anteriores.
Las escuelas siguen bien; digo bien, porque tenemos to-
das las clases llenas, tanto en la diurna como en la
nocturna; unas y otras se preparan para el examen; la
de niñas á más de lectura, escritura, aritmética y geo-
grafía, presentará un gran número de objetos de labor,
y sobre todo uno de los adornos más interesantes que
este año presentarán, será *El Catecismo del Antiguo y
Nuevo Testamento, que lo saben ya en su mayor parte
todo de memoria.*

Las párvulas y adultas que tenemos en la clase noc-
turna, no aumentan como deseamos. El motivo pa-
rece que está en que una pandilla de aves de mal
agüero (beatas), recorren todos los días las casas acon-
sejando á las madres que no permitan que sus hi-
jas vengan á nuestras escuelas.

Para el 1.º del entrante tratamos de abrir una cla-
se nocturna de adultos si Dios nos lo permite. Y
por último, tengo que daros la nueva que este año
van á ingresar en el instituto de segunda enseñan-
za tres jóvenes á quienes hemos creído más aptos en-
tre los varios que tenemos en nuestras clases para
seguir la carrera del pastado. Tan luego concluyan
sus tres años de estudio, se presentarán con sus asig-
naturas en donde los señores que representan nuestro
Sínodo lo juzgen más conveniente para sufrir sus cor-
respondientes exámenes. Estos jóvenes, Pedro Olives y
Clar, de 17 años; Francisco Badoza y Aragonés, de 15,
y Ceferino Blanco y Jover, de 14, son enteramente po-
bres, y llevaban á sus padres todas las semanas lo poco
que ganaban, que era unos 15 francos; de modo que
es de mi deber prevenir á todos los cristianos, que esta
humilde iglesia se ha hecho cargo de pasar lo poco que
ganaban á sus padres, y á más de correr con todos los
gastos de enseñanza, procurarles algo para que puedan
vestir modesta y decentemente; esta nueva carga la he-
mos aceptado contando con la aprobacion de todas las
personas que se interesan en la obra, y sobre todo
esperamos y confiamos en la infinita misericordia de
Nuestro Señor.

Oremos, pues, todos á El para que ese nuevo fruto
prosperé á la sombra de nuestro bien amado Redentor,
y que á su debido tiempo le sean tres fieles servidores
dispuestos á llevar la buena nueva por todas partes.
Amen.

El pastor, FRANCISCO TUDURY.

CÁDIZ 19 DE SETIEMBRE DE 1872.

Señor Director de LA LUZ.

Muy señor mío: En su número del 45 del actual, y
refiriéndose á los chismes propalados por la prensa pa-
pista relativamente á la Iglesia Evangélica de esta ciu-
dad, habla Vd. de «diferencias habidas entre los seño-
res Ben-Oliel y Escudero.» Está Vd. mal informado, se-
ñor Director, al asegurar á sus lectores que haya ha-
bido tales diferencias, dejándose inferir que estas ha-
yan sido personales. Un periódico cristiano no debiera
dar crédito y publicidad á *ex-parte* representaciones,
mucho ménos, cuando proceden de personas interesa-
das en disfrazar los hechos. Apelo, por lo tanto, á su
justicia é imparcialidad, para que dé cabida en su pró-
ximo número á la siguiente rectificación:

Lo ocurrido es, que á consecuencia de ciertas ca-
lumnias propagadas contra el Sr. Escudero, los pasto-
res de la iglesia á que pertenecía como evangelista,
creyeron cumplir un deber sagrado, si bien harto des-
agradable, suspendiendo al Sr. Escudero de sus fun-
ciones, interin se indagasen los hechos y se vindicase
su carácter; y como resultado legítimo se dió término
á las conferencias que habían principiado en esta Igle-
sia. El Sr. Escudero prefirió regresar á Madrid y dimitir
el cargo que tenía como evangelista de nuestra ige-
sia. Dejo al tiempo la rectificación de los demás infor-

mes que encierra el suelto. Soy de Vd. afectísimo ser-
vidor, que besa su mano,

A. BEN-OLIEL.

Pocas palabras tenemos que añadir en contestacion
al remitido que antecede. El Director de LA LUZ no ha
sido mal informado acerca de lo ocurrido en Cádiz; le
consta que además de los rumores que han circulado
respecto al Sr. Escudero, han existido algunas cosas
más que él no creyó poder calificar mejor que llamán-
dolas «diferencias.»

Y para concluir, LA LUZ acoje cuantas noticias cree
que pueden interesar á sus lectores, sin perjuicio de
admitir todas las rectificaciones que á ellas se hagan
por los interesados. Las columnas de LA LUZ están
siempre abiertas para todo escrito que tenga relacion
con nuestra causa y no traspase los límites de la con-
veniencia.

VARIEDADES.

LA CAPA DE SAN MARTIN.

Cuenta Honorio Augustodunense en su *Speculo
Ecclesie*, (1) que cuando los reyes de Francia de la
primera raza iban á la guerra, llevaban delante la capa
de San Martin á manera de estandarte, y que esta capa
les hacia alcanzar la victoria sobre todos sus enemigos.
Sensible y mucho ha debido ser para los actuales fran-
ceses que dicha capa se haya apollado enteramente
después de tantos siglos, porque á no haber sucedido
tamaña desgracia, les hubiera sido utilísima en la de-
sastrosa pelea con los protestantes prusianos. (2)

A esta capa, que no debia ser otra cosa que una
grande esclavina hecha de zaleas, como se vé por un
texto de Du Cange, (3) debia faltarle la mitad, por cuanto
yendo Martin de camino, la dividió con un pobre andra-
joso que encontró, que no era otro que Cristo, segun
la leyenda.

La palabra española *capellan* viene de la latina bár-
bara, *capellanus*, segun el citado Du Cange, que dice:
CAPELLANI, primus dicti, qui capam, (4) seu capellam
S. Martini, vel in regum palatiis asservabant, vel in
proeliis cum ceteris SS. reliquiis deferebant, CA-
PELLANES, llamados así primeramente porque custodia-
ban en los palacios de los reyes la capa ó capilla de
San Martin, ó la llevaban en las batallas con las demás
reliquias de los santos.

En muchas ciudades de Francia, dice el escritor Sal-
gues, estaban los fieles obligados á dar al obispo el día
de San Martin cierto número de zaleas, y que á este
censo le llamaban la *capa de San Martin*.

Gregorio de Tours cuenta en su *Historia* (lib. v,
cap. 24) un milagro verificado en la tumba de San Mar-
tin, cual fué la metamorfosis de un jarro de vino en
agua. En conmemoracion de este milagro, se instituyó
en Francia la costumbre del *pino de San Martin*. La ví-
spera de la fiesta del santo obispo, se distribuian piado-
samente, en ciertas ciudades, sendos cántaros de vino á
los frailes y á la gente pobre. Pero estas distribuciones
dieron lugar á grandes excesos: los bebedores celebra-
ban la víspera y la noche del santo con danzas, festi-
nes, cantares y acciones lascivas; las mismas iglesias
eran teatro de ellas, por lo cual el Concilio de Auxerre,

(1) *Sermo de Martino episcopo.*

(2) Hay escritores que dicen que no era capa, sino un orato-
rio colocado en una especie de carro, conteniendo las reliquias
de San Martin y de otros muchos santos.

(3) *Carolus habebat pellicium berbericum, non multum am-
plioris pretii, quam erat roccus ille S. Martini, quo pectus am-
bitus nudis brachiis Deo sacrificium obtulit se á stipulatione divi-
na comprobatur. Ubi tangit miraculum, quod á Severo. Dial. 2,
et á Fortunato, lib. 3, de vita S. Martini, et lib. I; Poemate 5 re-
fertur: cum scilicet sanctus ille, sacra in ecclesia facturus, exu-
ta tunica pauperem vestivit, et bigerica veste brevi atque hispi-
da humeros contextus, cetera nudus, in templum perrexit. (Du
CANGE, glossarium media et infima latinitatis).*

La capa de pieles de San Martin era lo mismo que la MELOTA
de los profetas, y la de los antiguos bardos, de la Scandinavia.

(4) Las palabras capa, capote, capilla, capellan y sus deriva-
dos, proceden del verbo latino *capere*, caber, contener, aplicán-
dose esta voz no solo á los objetos que cubren el cuerpo, sino
para tapar ó encerrar alguna cosa. —Igual procedencia tienen
la voz francesa *chape* y la italiana *cappa*.

irritado contra estas obscenidades y conducta impia, prohibió las dichas distribuciones de vino. (1)

Véase aquí por qué dice Voltaire en una de sus obras: «Il semble à voir la manière dont nous honorons les saints, qu'ils aient tous été des ivrognes.» Por el modo que tenemos de honrar á los santos, parece que todos hayan sido borrachos.—Y sino, que lo digan las borracheras y los borrachos del día del santo patrono de Madrid, Isidro Labrador.

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

PENSAMIENTOS.

La religion es un fuego que se apaga si no se comunica.

SOUBERT.

—Preocupémonos más de buscar amigos entre nuestros enemigos, que enemigos entre nuestros amigos.

X.

—Nada enseña tantas cosas al alma como el dolor.

—Los dolores del amor valen mil veces más que las alegrías del egoísmo; amar es la recompensa de amar; amar es el consuelo de amar; siempre sufrir y siempre amar es el paraíso comparado á prosperar siempre y siempre aborrecer.

—El cristianismo no es un sistema fuera de nosotros; es una vida dentro de nosotros.

VINET.

NOTICIAS VARIAS.

Se nos ha remitido para su insercion la siguiente noticia:

«Algunos años hace que varios amigos de España fundaron con el nombre de «Andalucía» un colegio destinado á la instruccion de jóvenes españolas. Cuando esto se hizo, aún no habia escrito España en su Constitucion la libertad de cultos.

El colegio está situado en *Grand Champ*, canton de Neuchatel, en Suiza.

Aun cuando no tan necesario actualmente, puesto que todo español puede proclamar su fé con entera libertad, el colegio subsiste aún.

Bajo una direccion tan afectuosa como cristiana, las jóvenes encontrarán en él una instruccion suficiente en todos los ramos que requiere una sólida educacion. Tambien se les enseña música y dibujo.

Las jóvenes saben á su salida del colegio lo bastante para pasar un exámen y adquirir un diploma de capacidad.

Hasta la fecha puede asegurarse que el clima conviene á la salud de cuantas jóvenes han frecuentado este colegio.

Los gastos de manutencion y de educacion, ascienden anualmente á la cantidad de 3.040 rs.; pero la direccion recibe jóvenes por la mitad de ese precio, ó sea 1.520 reales.

Para llegar á obtener un resultado satisfactorio, cuatro ó cinco años de estudio son necesarios.

Dirigirse para la admision á Mademoiselle Van Loon, Heerengracht, 402, Amsterdam, ó á Mademoiselle Julie Bagnion, Lausanne.

Para ser admitida una joven en el colegio, se necesita la recomendacion de un pastor que certifique: que los padres desean para sus hijas una educacion cristiana, y que estas tienen las condiciones intelectuales suficientes para aprovecharse de lo que en «La Andalucía» se les ofrece.»

No sabemos recomendar lo bastante á los padres cristianos españoles, las inmensas ventajas que sus hijas encontrarán en «La Andalucía» bajo la direccion de señoras cristianas y amantes de nuestra patria, que nada desean tanto como ver que la pura religion de Jesús penetra en los corazones de los españoles.

Nos consta que las niñas son tratadas en «La Andalucía» con afeccion verdaderamente maternal, y que sus directoras ponen un esmero especial en fortificar la

(1) Concil. de Auxerre, canon V.—Ferdinandus Mendoza: *Comment. in concil. iliberit.*

conciencia y formar el carácter de sus jóvenes educandas, tanto ó más que en desarrollar su inteligencia, haciéndoles adquirir conocimientos útiles.

En España hacen falta mujeres que hayan vivido en medio de una sociedad cristiana é inteligente, y esto es lo que por desgracia no se encontrará en nuestro pueblo durante mucho tiempo. Nosotros no conocemos más que un colegio que responda á este fin, y ese colegio es «La Andalucía».

Con el título de «El Gobierno español, la esclavitud y el nuevo empréstito» el Comité abolicionista de la Gran Bretaña ha dirigido un comunicado á la prensa diciendo que no es cierto que la esclavitud haya sido abolida en Cuba, como lo hacen suponer algunos telegramas enviados de Madrid á Londres; y tambien dice que es un hecho digno de tomarse en cuenta que en las últimas declaraciones hechas por el Sr. Ruiz Zorrilla sobre las reformas de que piensa ocuparse inmediatamente el Gabinete, ninguna palabra ha dicho respecto á la esclavitud.

Tambien dicen los firmantes del manifiesto que el empréstito que piensa hacerse en la Gran Bretaña, tiene por objeto allegar fondos para mantener la guerra en Cuba y la esclavitud, y terminan aconsejando á sus compatriotas que no se suscriban á él.

No deja de ser triste y vergonzoso para nosotros el contenido de ese manifiesto del Comité abolicionista de Inglaterra. ¿Cuándo cesará la esclavitud en nuestra patria!

Segun tenemos entendido, muy en breve se dará principio á los trabajos para la construccion del templo evangélico en la calle de la Libertad de esta corte.

Con referencia á la noticia que dimos en nuestro número anterior, de un nuevo movimiento evangélico en Cádiz, al que hace alusion el Sr. Ben-Oliel en el remitido que publicamos en otro lugar, se nos asegura por otro conducto que ni son tantas las personas que se han adherido á él, ni se encuentran poseidas del espíritu que seria de desear.

En cuanto á lo del espíritu, aguardamos á conocer sus actos para juzgarlos; y en cuanto al número de personas, hemos puesto el número que hemos visto en cartas: si se ha exajerado, no somos nosotros los engañados, sino los que hayan procurado hacerlo; esto último en el caso de que se haya aumentado el número en cuestion.

Ha llegado á nosotros la noticia que pronto se formará en Madrid un Comité que contará con bastantes recursos y que tendrá por mision fundar un gran número de escuelas evangélicas en España. Tendremos á nuestros lectores al corriente de esta importante cuestion. Por lo pronto aplaudimos la idea, que nos parece excelente. Puesto que los romanos multiplican el número de sus escuelas, justo es que los protestantes hagan otro tanto. La escuela es el fundamento de la Iglesia.

Las sesiones de los viejos católicos reunidos en Colonia han terminado el 22. La *Gaceta de Colonia* publica las proposiciones sometidas á discusion, las cuales son excesivas para ser tratadas en tres dias.

En la primera sesion que tuvo lugar el 20, á la que asistían más de 400 delegados de las comunidades de viejos católicos, el Congreso constituyó la mesa y nombró presidente por unanimidad al caballero Schulte, profesor de teología en la Universidad de Praga, el mismo que presidió el año pasado el Congreso de Munich. En su discurso de apertura, Mr. Schulte se limita á definir perfectamente el origen y el desarrollo del movimiento del viejo catolicismo.

El obispo de Utrech, que usó en seguida de la palabra, fué saludado con una salva de aclamaciones, y el

obispo de Lincoln fué igualmente recibido con numerosos aplausos.

La Asamblea pasó inmediatamente á discutir las proposiciones del programa. Los debates empezaron por el proyecto presentado por el Comité central rhenano y wesfaliano para la organizacion del santo ministerio en las comunas, y sobre la posicion de los curas respecto á los demás cultos.

Despues de una larga discusion, la Asamblea adoptó una enmienda del profesor Reinkens, de Bonn, que reserva á los órganos constitucionales de la Iglesia el exámen definitivo de los abusos y la ejecucion de las reformas. Este pensamiento es de Mr. Doellinger, que no quiere que se altere la organizacion actual de la Iglesia católica, sino en lo que concierne á la Enciclica el *Syllabus* y la infalibilidad, doctrinas que, segun dicho señor, han sido sancionadas por un Concilio ilegal, cuyos decretos deben ser anulados.

El Congreso se ocupó además de la proposicion de su presidente, del nombramiento de un jefe de la Iglesia de los viejos católicos, es decir, de un obispo. Este nombramiento se verificará por eleccion regular, por los delegados de las comunidades, mediante un reglamento que redactará una comision encargada al mismo tiempo de determinar las relaciones que deben existir entre el obispo y las autoridades civiles, el Estado y las comunas.

El periódico que nos suministra estas noticias dice que los impacientes hubieran deseado ver cortada esta cuestion por lo sano, pero el Congreso fué de la opinion de Mr. Reinkens y adoptó sus proposiciones sin modificarlas.

Séanos permitido añadir ahora que esos señores de Colonia nos parece á nosotros que son inconsecuentes y que por lo tanto no llegarán á fundar una Iglesia sólida y duradera. Cuando se rompe con Roma y sus tradiciones de quince siglos no hay razon para detenerse en mitad del camino; es necesario subir hasta la cumbre, hay que buscar el agua en el manantial. Eso de separarse de Roma y conservar la mayor parte de los dogmas romanos condenados por el Evangelio, es una anomalía. O al vado ó al puente, como dice un refran vulgar; ó con Roma ó con el Evangelio.

Lo que sucederá, y quizá muy pronto, es que muchos de los que se han reunido en Colonia, irán examinando uno por uno los dogmas romanos y los rechazarán apresurándose á entrar en las iglesias evangélicas, y otros asustados del movimiento de los primeros, cantarán la palinodia y volverán de nuevo á Roma. El tiempo dirá si nos engañamos.

ADVERTENCIA.

Rogamos á aquellos de nuestros suscritores que no tengan colecciones completas de LA LUZ y que posean sueltos los números 78, correspondiente al 1.º de Junio de 1871, 84, 89, 98 y 100, se sirvan remitirlos á esta Administracion, calle de Quintana, número 8, segundo, por lo que, además de pagarles su valor, se les quedará agradecidos.

OTRA.

Rogamos igualmente á nuestros suscritores del extranjero cuyo abono vence á fines del presente mes de Octubre, se sirvan renovarlos oportunamente para que no esperimenten retraso en el envio de los números.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.